

## Prefiero a Faulkner

ENTRE EL DOLOR Y LA NADA,  
PREFIERO A FAULKNER.

*Tratándose de Faulkner, el telón nunca cesará de subir —digo—.*

México es una Babel olvidadiza y —por lo menos para una sección del llamado público— los aniversarios, sobre todo luctuosos, cumplen tarea de “recordatorio” como si se tratara de uno más de los medios de comunicación masiva revestido de homenaje y disfrazado de labor informativa. Gracias a esas fechas, esa sección del denominado público no tiene otro remedio que despojarse de su cara de vaca para merecer la memoria, amputarse un rabo que no espanta ni a las moscas para respirar o sonreír con satisfacción, olvidar el olvido y “ponerse al día”. Por fortuna, tratándose de William Faulkner no necesitamos subir el telón consagrado a días de nacimiento y desaparición físicas y/o concesión del Premio Nobel de Literatura ya que tales escenarios están abiertos dada la rara casualidad que diccionarios, enciclopedias y múltiples estudios (titúlense artículos, monografías, pedantes ensayos) repitan para los primeros 1897 y 1962, respectivamente, y para el tercero 1949. (Nos encontraremos con la novedad —si es que llegamos a fatigar tan sesudas tesis en torno a W.F.— que, también, respectivamente, corresponden a dos años antes del nacimiento de Hemingway uno después que el autor

de *El sol sale para todos* se quitara voluntariamente la vida y a algo así como cheques sonantes y cantantes no tan pasados por agua como “recompensa” de la Academia Sueca al responsable de *Santuario* en mérito anterior al otorgado por esa misma institución dinamitera (1954) a quien se dio el lujo de escribir *El viejo y el mar*, honor no hermanado con y por Proust Joyce, Kafka. . .)

*Ascienden más telones— dicen que digo—:*

Faulkner es el autor, además de *Santuario*, título del que ya se ha hecho mención, de *Mientras agonizo*, *Intruso en el polvo*, *El villorrio*, *En la ciudad*, *Gambito de caballo*, *Luz de agosto*, *Sartoris*, *Las palmeras salvajes* (en admirable versión española de Borges y en la que se refiere al dolor a la nada al vacío existencial de *La paga de los soldados*, *Mosquitos*, *Réquiem por una mujer* (la putamonja o monjaputa llevada al teatro por Albert Camus), *Desciende Moisés*, *Los invictos*, *Una rosa para Emily*, ¡*Absalón, Absalón!*), *El grito*, *sonido, estruendo?* y *la furia* y de muchos libros más que aquí no cabe mencionar entre otras razones porque no se trata de establecer catálogos como si una simple y accidental nota como la de ahora apenas borroneada pretendiera asumir la categoría de una exposición de artes plásticas por que

*Se suben otros telones ya abiertos pero que satisfacen la curiosidad — repito: no me mueve el infierno tan temido cuando, estimamos, es preferible Faulkner a los burdeles en que se dio el lujo de trabajar, el gúis-*

qui, las muchachonas, las entrevistas y anécdotas joviales, por más que se insista en ellas para apabullar a quien no se declaraba —orgullosamente humilde— escritor sino *farmer*.

*Hasta arriba telones que no cesan— dicen que repito: me mueve el cielo tan temido: la mítica fundación del condado de Yoknapatapha (que marcara las latinoamericanas invenciones de la Comala de Rulfo, la Santa María de Onetti, el Macondo de García Márquez, aunque pocos “literatos” hispanoamericanos se hayan liberado de su influjo, tan poderoso como el de Hemingway, si no que lo digan —no menos orgullosamente humildes— Lino Novás Calvo, Alejo Carpentier, Guillermo Cabrera Infante, José Revueltas, Sergio Pitol, Juan Vicente Melo, para no establecer catálogos exhaustivos sino agradecidos reconocimientos como los de José de la Colina— vitales a quien no murió con las botas puestas sino que supo conservar boca, manos y ojos abiertos para pipas, cigarros y cigarrillos, copas o botellas, vida, dolor, personas y lugares, una saga, renovación estilística del lenguaje, de la sintaxis, de la tipografía).*

*. Telones subidos sin sosiego: repito que dicen: “Un cuento narrado por un idiota, lleno de sonido y de furia y que no significa nada”. Esa nada existencial que es la muerte, que no la vida, del acto quinto del *Macbeth* shakespeareano o la epopeya de Kurosawa *Trono de sangre* o la paráfrasis de León Felipe o las representaciones que le tocaron en suerte a Malcolm Lowry o la Lady*

Macbeth que trata de quitar el color rojo de las manos o la vigilia insomne de las brujas o el bosque que no está petrificado sino que avanza con camuflaje de ramas hacia nuestras conciencias que también fluyen sin permitir el estancamiento de aguas. Ahí, en esos telones, están escritos muchos nombres más o menos familiares: el Antiguo Testamento con todo y génesis paraísos perdidos e imposibles de recobrar las tablas de la ley los cabellos de Absalón la cólera implacable de Jehová nombres que santifican las mitologías el Quijote la comedia humana de Balzac Dickens Conrad Flaubert Melville Thomas Mann Joyce Dostoievski el bien pero sobre todo el mal.

Faulkner entre la grandeza y la miseria, la parodia y el horror, el hiératismo y la carrera, lo cómico y lo grotesco, el pacífico asombro y el espanto, la salud y la enfermedad, lo joven y lo decrepito, la inteligencia y el príncipe idiota, la cordura y la castración loca, el bautismo ingenuo y la frase prolongada e inacabable, crímenes y castigos, herencia, ataúdes, caballeros, tiempo sureño, tiempo a todos concierne, incesto, ternura, negritud, cenizas y diamantes, lluvia y sequía, confederados, humillados y ofendidos, carcajada, lágrimas, crueldad, dueños de almas y haciendas, marchas fúnebres, cantinas, prostíbulos, cementerios, cabañas que rozan el fin del mundo, cárceles, estirpe maldita, aliento alcohólico, gestos puntos comas y punto y coma distintos, bodas que pueden ser entierros, plátanos violadores que presumen de falos con virtudes cu-

rativas, impotencia, la población de Jefferson tan real de inexistente (como Memphis, Bâton Rouge, San Luis, Jackson, Nueva Orleans, Kansas City), infantilismo precoz, suspicacia, avaricia, blancura, inocencia irónica, sabiduría perversa, dios y el Diablo, Cielo e Infierno, el Misisipí y su afluente el río Misurí, poder y gloria, la patria de aquí arriba y la patria de aquí abajo, tu yo y nosotros dos, el sonido y la furia, el dolor y la nada.

*Más allá y más acá el telón faulkneriano no podrá bajarse nunca, entre otras cosas porque gracias a él aprendemos a mirar, a estar vivos.*

Definitivamente no puede bajarse el telón por la sencilla mas fatigosa tarea impuesta por Faulkner:  *cambiarnos. Sí, el telón permanece en la altura.*

Juan Vicente Melo

## **Santa Anna. Espectro de una sociedad**

La importancia del libro que nos ofrece Agustín Yáñez radica en la interpretación histórica que hace de uno de los personajes mas polémicos de la historia nacional: Antonio López de Santa Anna.<sup>1</sup>

Es difícil encontrar una obra que analice con fundamentos objetivos la sociedad del México independiente y

<sup>1</sup> Yáñez Agustín, *Santa Anna. Espectro de una sociedad*. México, Ediciones Oceano S.A., 1982.

en este sentido Yáñez presenta el resultado de largas y laboriosas investigaciones con una perspectiva histórica diferente, con una visión que no se apega a los juicios que tradicionalmente se han emitido sobre el caudillo veracruzano.

La bibliografía utilizada es amplia. Se analizaron críticamente fuentes primarias y secundarias precisando su valor e importancia, coleccionando opiniones contradictorias en un intento por lograr una visión histórica lo más imparcial posible.

El libro se compone de diez capítulos que comprenden la vida de Santa Anna desde el joven soldado realista hasta el vencido de Ayutla. A través de ellos se encuentra siempre presente el deseo del autor por comprender la humanidad de su personaje, el esfuerzo por delinear el retrato auténtico de un controvertido caudillo y de su pueblo.

Agustín Yáñez describe el proceso que tuvieron el pensamiento y la conducta de Antonio López de Santa Anna ocupándose a la vez del empeño de los partidos políticos por organizar la sociedad mexicana del siglo XIX, por crear una conciencia nacional que llevara implícita la aceptación de responsabilidades y deberes ciudadanos, y por conferir al naciente Estado una dirección política que oscilaba entre el mantenimiento de la tradición o la adaptación a un sistema moderno alejado de la experiencia política que tenía el nuevo país.

La marcada inclinación del autor por conocer con mayor profundidad, tanto la complejidad de la figura